

The background of the cover is red and features a pattern of white, five-pointed stars scattered across the surface, reminiscent of the European Union flag.

# EL LEGADO DE TRUMP EN UN MUNDO EN CRISIS

LEANDRO MORGENFELD  
MARIANA APARICIO RAMÍREZ  
Coordinadores

# EL LEGADO DE TRUMP EN UN MUNDO EN CRISIS

LEANDRO MORGENFELD  
MARIANA APARICIO RAMÍREZ

COORDINADORES





**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

 grupo editorial  
siglo veintiuno

#### CLACSO Secretaría Ejecutiva

**Karina Batthyány** - Secretaria Ejecutiva  
**Pablo Vommaro** - Director de Investigación  
**María Fernanda Pampin** - Directora de Publicaciones

#### Equipo Editorial

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial  
**Solange Victory** - Gestión Editorial  
**Nicolás Sticotti** - Fondo Editorial

#### Equipo de Grupos de Trabajo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Teresa Arteaga, Cecilia  
Gofman, Natalia Gianatelli y Tomás Bontempo

#### siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310,  
CIUDAD DE MÉXICO  
[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

#### siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

#### anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA  
[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES  
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

#### CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN

**Nombres:** Morgenfeld, Leandro, editor | Aparicio Ramírez, Mariana, editor. **Título:** El legado de Trump en un mundo en crisis / Leandro Morgenfeld, Mariana Aparicio Ramírez, coordinadores. **Descripción:** Primera edición. | Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2021. **Colección:** Sociología y política. **Identificadores:** isbn 978-987-813-020-0. **Temas:** Estados Unidos – Política y gobierno – 2009-2017 | Estados Unidos – Relaciones exteriores – América Latina | Estados Unidos – Condiciones económicas – 2009- | Trump, Donald, 1946. **Clasificación:** LCC E912 L45 | DDC 973.933092

Primera edición, 2021

© siglo xxi editores, s. a. de c. v.

En coedición con el

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

ISBN 13: 978-987-813-020-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo de los editores.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de los editores.

#### CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <[clacso@clacsoinst.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar)> | <[www.clacso.org](http://www.clacso.org)>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

## LA RECUPERACIÓN IMPERIAL FALLIDA DE ESTADOS UNIDOS

CLAUDIO KATZ

El intento estadounidense de recuperar el dominio mundial es la principal característica del imperialismo del siglo XXI. Washington pretende retomar esa primacía frente a las adversidades generadas por la globalización y la multipolaridad. Confronta con el surgimiento de un gran rival (China) y con la insubordinación de sus viejos aliados (Europa).

La primera potencia ha perdido autoridad y capacidad de intervención. Busca contrarrestar la diseminación del poder mundial y la sistemática erosión de su liderazgo. En las últimas décadas, ensayó varios cursos infructuosos para revertir su declive y continúa tanteando esa resurrección. Todas sus acciones se cimentan en el uso de la fuerza. En efecto, Estados Unidos perdió el control de la política internacional que exhibía en el pasado, pero mantiene un gran poder de fuego. Expande un destructivo arsenal para forzar su propia recomposición. Esa conducta confirma la aterradora dinámica del imperialismo como mecanismo de dominación.

En la primera mitad del siglo XX, las grandes potencias se disputaban el liderazgo mundial por medio de la guerra. En el período subsiguiente, Estados Unidos ejerció esa conducción con intervenciones armadas en la periferia para confrontar con la amenaza socialista. En la actualidad, el capitalismo occidental afronta una crisis muy severa con su timonel averiado.

Washington pretende reconquistar supremacía en tres áreas que definen el dominio imperial: el manejo de los recursos naturales, el sometimiento de los pueblos y la neutralización de los rivales. Todos sus operativos apuntan a capturar riquezas, sofocar rebeliones y disuadir competidores.

El control de las materias primas es indispensable para sostener la primacía militar y garantizar los abastecimientos que impactan sobre

el curso de la economía. La contención de las sublevaciones populares es esencial para estabilizar el orden capitalista que el Pentágono aseguró durante décadas. Estados Unidos intenta mantener la fuerza que tradicionalmente utilizó para intervenir en América Latina, África, Medio Oriente y el Sur de Asia. Necesita también lidiar con la desafiante China para doblegar a otros rivales. En esas batallas se dirime el éxito o naufragio de la resurrección imperial estadounidense.

### LA CENTRALIDAD BÉLICA

El imperialismo es sinónimo de poder militar. Todas las potencias han dominado mediante esta carta, sabiendo que el capitalismo no podría subsistir sin ejércitos. Es cierto que el sistema recurre también a la manipulación, el engaño y la desinformación, pero no sustituye la amenaza coercitiva por la simple preeminencia ideológica. Combina la violencia con el consentimiento y hace valer un poder implícito (*soft power*) que se asienta en el poder explícito (*hard power*).

Conviene recordar estos fundamentos, frente a las teorías que reemplazan el imperialismo por la hegemonía como concepto ordenador de la geopolítica contemporánea. Ciertamente los poderosos han reforzado su prédica a través de los medios de comunicación. Desenvuelven un sistemático trabajo de desinformación y ocultamiento de la realidad. También perfeccionaron el uso de las instituciones políticas y judiciales del Estado para asegurar sus privilegios. Pero en el orden internacional la supremacía de las grandes potencias se dirime por medio de amenazas militares.

El sistema global opera con un resguardo bélico comandado por Estados Unidos. Desde 1945, la primera potencia emprendió 211 intervenciones en 67 países y actualmente mantiene 250 mil soldados estacionados en 700 bases distribuidas en 150 naciones.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Rodrigo, Chacón, 2019, “¿Imperios por doquier? Usos y abusos del concepto de imperio”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 19, núm., 4, pp. 2-10.

Esa megaestructura ha guiado la política norteamericana desde el lanzamiento de las bombas atómicas en Nagasaki e Hiroshima y la conformación de la OTAN como brazo auxiliar del Pentágono.

La política exterior estadounidense está condicionada por la red de contratistas que se enriquecen con la guerra y lucran con la fabricación de explosivos que deben probarse en algún rincón del planeta. El aparato industrial-militar necesita esas confrontaciones. Se nutre de un gasto que no aumenta solo en períodos de intenso belicismo, sino también en las fases de distensión.

Gran parte del cambio tecnológico se procesa en la órbita militar. La informática, la aeronáutica y la actividad espacial son los epicentros de esa experimentación. Los grandes proveedores del Pentágono aprovechan el resguardo del presupuesto estatal para fabricar artefactos veinte veces más costosos que sus equivalentes civiles. Operan con cuantiosas sumas en un sector autonomizado de las restricciones competitivas del mercado.<sup>2</sup>

El gasto militar global alcanzó en 2017 su mayor nivel desde el final de la Guerra Fría (1,74 billones de dólares), con Estados Unidos a la cabeza de todas las transacciones.<sup>3</sup> La primera potencia concentra la mitad de los desembolsos y patrocina a las cinco primeras empresas de esa actividad. El protagonismo tecnológico norteamericano depende de esa primacía internacional en el sector bélico. El desarrollo del capitalismo digital de la última década ha transitado por fabricaciones militares previas y es congruente con el uso de armas dentro del país.

Pero esa gravitación de la economía armamentista también genera muchas adversidades al sistema productivo. Exige un volumen de financiamiento que el país no puede proveer con recursos propios. El bache es cubierto con un déficit fiscal y un endeudamiento externo que amenazan el señoreaje del dólar.

<sup>2</sup> Claudio Katz, 2004, "Tecnología y economía armamentista", *Oikos*, vol. 7, núm. 15, Santiago de Chile, pp. 97-109.

<sup>3</sup> Sergio Ferrari, 2020, 25 de noviembre, "Más balas que seres humanos. Un *Far West* denominado Tierra", *Rebelión*, <<https://rebelion.org/un-far-west-denominado-tierra>>, 20 de febrero de 2021.

Estados Unidos sostuvo su andamiaje militar desde la posguerra con el gran tributo que impuso a sus socios. Esa carga es actualmente resistida por los aliados europeos y ha desencadenado una crisis de financiamiento de la OTAN. Desaparecida la Unión Soviética, el Viejo Continente objeta la utilidad de un dispositivo que Washington utiliza para sus propios intereses.

La economía militar estadounidense se asienta en un modelo de altos costos y baja competitividad. El gendarme del capitalismo pudo forzar durante mucho tiempo la subordinación de sus desarmados rivales. Pero ya no cuenta con el mismo margen para administrar sus gravosas innovaciones en el área militar. Otros países desenvuelven los mismos cambios tecnológicos con operaciones más baratas y eficientes en la esfera civil.

#### LAS GUERRAS DE NUEVO TIPO

La actual intervención externa de Estados Unidos recrea los viejos patrones de la acción imperial. La conspiración persiste como el componente central de esas modalidades. La tradición de la CIA de intervenir a través de golpes de Estado contra los gobiernos progresistas ha reaparecido en numerosos países. Asimismo, Washington retoma también las “guerras de aproximación” (*proxy war*) en las áreas priorizadas para hostilizar a las naciones crucificadas por el Departamento de Estado (China, Rusia, Irán, Corea del Norte, Venezuela).

Pero el fracaso de Irak marcó un giro en las modalidades de intervención. Esa ocupación naufragó por la resistencia afrontada en el país y por la propia inconsistencia del operativo. Tal fiasco indujo la sustitución de las invasiones tradicionales por una nueva variedad de guerras híbridas.

En esas incursiones, las acciones bélicas corrientes son reemplazadas por una amalgama de acciones no convencionales, con mayor peso de fuerzas paraestatales y uso creciente del terror. Este tipo de operaciones ha predominado en los Balcanes, Siria, Yemen

y Libia.<sup>4</sup> En dichos casos, la acción imperial asume una connotación policial de hostigamiento, que privilegia el sometimiento a la victoria explícita sobre los adversarios.

Sin embargo, en incontables casos el componente terrorista de esas acciones ha desbordado el curso diseñado por la Casa Blanca, generando una secuencia autónoma de acciones destructivas. Ese descontrol se verificó con los talibanes, inicialmente adiestrados en Afganistán para acosar a un gobierno prosoviético. Lo mismo ocurrió con los yihadistas, entrenados en Arabia Saudita para erosionar a los gobiernos laicos del mundo árabe.

A través de guerras híbridas, Estados Unidos intenta controlar a sus rivales, sin consumir intervenciones bélicas en regla. Combina el cerco económico y la provocación terrorista, con la promoción de conflictos étnicos, religiosos o nacionales en los países diabolizados. Estas guerras híbridas incluyen campañas mediáticas más penetrantes que la vieja batería de posguerra contra el comunismo. Con nuevos enemigos (terrorismo, islamistas, narcotráfico), amenazas (Estados fallidos) y peligros (expansionismo chino), Washington despliega sus campañas, mediante una extendida red de fundaciones y ONG. También utiliza la guerra de la información en las redes sociales.

## ESCENARIOS CAÓTICOS

Durante la primera mitad del siglo XX, imperaron las conflagraciones a escala industrial, con masas de uniformados exterminados por la maquinaria bélica. En esas guerras totales con muertes anónimas se impuso el indiscriminado entierro de los “soldados desconocidos”.

<sup>4</sup> Andrew Korybko, 2020, 2 de febrero, “Estados Unidos intenta contener a China y Rusia con la Guerra Híbrida”, *Tiempo Argentino*, <<https://www.tiempoar.com.ar/nota/>>, 20 de febrero de 2021.



En las últimas décadas ha prevalecido otra modalidad de acciones con decreciente compromiso de tropas en los campos de batalla. Estados Unidos perfeccionó ese curso, mediante los bombardeos aéreos que destruyen aldeas sin la presencia directa de los *marines*. Con esas modalidades, el imperialismo del siglo XXI destruye o balcaniza a los países que obstaculizan el resurgimiento de la dominación norteamericana. El aumento del número de miembros en las Naciones Unidas es un indicador de esa remodelación.

La población desarmada ha sido la principal afectada por incursiones que disolvieron la vieja distinción entre combatientes y civiles. Solamente el 5 % de las víctimas de la Primera Guerra Mundial eran ciudadanos no alistados. Esta cifra se elevó al 66 % en la Segunda Guerra y promedia el 80-90 % en los conflictos actuales.<sup>5</sup>

Las operaciones que sostiene el Pentágono han barrido definitivamente con todas las normas de las Convenciones de La Haya (1899 y 1907), que distinguían a los uniformados de los civiles. El organismo que computa el número de refugiados registró en 2019 un total de 79,5 millones de personas desplazadas de sus hogares.<sup>6</sup> Esa monumental cifra de traslados forzosos ilustra el grado de violencia imperante. Aunque los conflictos no alcancen la generalizada escala del pasado, sus consecuencias sobre los civiles son proporcionalmente mayores.

El imperialismo estadounidense es el principal causante de las tragedias bélicas contemporáneas. Provee armas, auspicia tensiones raciales, religiosas o étnicas y promueve prácticas terroristas que destruyen a los países afectados. Lo ocurrido en el mundo árabe ilustra esa secuencia. Bajo las órdenes de sucesivos presidentes, Estados Unidos implementó la demolición de Afganistán (Reagan-Carter), Irak (Bush) y Siria (Obama). Esas masacres implicaron 220 mil muertos en el primer país, 650 mil en el segundo y 250 mil

<sup>5</sup> Eric Hobsbawm, 2007, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, pp. 1-171.

<sup>6</sup> Unhcr-Acnur (2020), *Datos básicos*, <<https://www.acnur.org/datos-basicos.html>>.

en el tercero. La disgregación social y el resentimiento político generados por esas matanzas desencadenaron, a su vez, atentados suicidas en los países centrales. El terror desembocó en enneguecidas respuestas de más terror.

Las atrocidades imperiales han socavado los propios objetivos de esas incursiones. Para desplazar a Gadafi, el imperialismo pulverizó la integridad territorial de Libia y deshizo el sistema de tapones construido en el Norte de África para contener la emigración hacia Europa. El país se convirtió en un centro de explotación de migrantes, gestionado por las mafias que Occidente financió para apoderarse de Libia. Frente a semejante desmadre, los viejos colonialistas ya no diseñan nuevas fronteras formales. Solo improvisan mecanismos de contención de los refugiados.

#### LA FRACTURA INTERNA

El principal obstáculo que afronta la recomposición imperial estadounidense es la ruptura de la cohesión interna del país. Ese cimientto sostuvo durante décadas la intervención de la primera potencia en el resto del mundo. Pero el gigante del Norte ha registrado un cambio radical como consecuencia del retroceso económico, la grieta política, las tensiones raciales y la nueva conformación étnico-poblacional. La uniformidad cultural que nutría el “sueño americano” se ha diluido y Estados Unidos afronta una fractura sin precedentes.

Las divisiones han erosionado el sustento de la injerencia norteamericana en el exterior. Las operaciones militares no cuentan con el aval del pasado y han quedado afectadas por el fin de la conscripción. Washington ya no embarca en sus incursiones a un ejército de reclutas, ni justifica esas acciones con mensajes de ciega fidelidad a la bandera. Tales tendencias son sintetizadas por la privatización de la guerra. Se ha generalizado el uso de mercenarios y contratistas que negocian el precio de cada masacre. Esta modalidad de belicismo sin compromiso de la población explica la pérdida de interés general por las acciones imperiales.

Pero la contrapartida de ese divorcio es la creciente dificultad imperial para incursionar en proyectos más ambiciosos. Resulta muy difícil recuperar el liderazgo mundial sin la adhesión de segmentos significativos de la población. La autoridad oficial en que se asentaba el imperialismo de posguerra se ha disipado. Y el fin del alistamiento masivo introdujo un nuevo derecho democrático que, paradójicamente, deteriora la capacidad del Estado norteamericano para recuperar su decaído poder imperial.

La privatización de la guerra acentúa, a su vez, los traumáticos efectos del divorcio entre los gendarmes y la población. El trauma de los retornados de Irak o Afganistán ilustra ese efecto. El uso de mercenarios también expande la militarización interna y la incontrolable explosión de violencia interna que suscita la libre portación de armas.

Esta secuencia de corrosiones asume un alcance mayor con la canalización derechista del descontento social. La xenofobia, el chauvinismo y el supremacismo blanco se han extendido con discursos racistas que culpabilizan a las minorías, los migrantes y los extranjeros del declive estadounidense. Pero esa furia nacionalista solo ahonda la fractura interna, sin recrear la base social extendida que utilizaba el imperialismo estadounidense para incursionar en el exterior.

## LOS FALLIDOS DE TRUMP

Los últimos cuatro años aportaron un categórico retrato del fracasado intento estadounidense de recuperar el dominio imperial. Trump privilegió la recomposición de la economía y pretendió utilizar la superioridad militar del país para apuntalar el relanzamiento productivo. Con ese soporte encaró durísimas negociaciones externas, a fin de extender al plano comercial las ventajas monetarias que mantiene el dólar. Propició acuerdos bilaterales y cuestionó el libre comercio para aprovechar la primacía financiera de Wall Street y la Reserva Federal.

Trump intentó preservar la supremacía tecnológica mediante crecientes exigencias de cobro de la propiedad intelectual. Con ese control de la financiarización y del capitalismo digital, esperaba forjar un nuevo equilibrio entre los sectores globalistas y americanistas de la clase dominante. Apostó a combinar la protección local con los negocios mundiales.

El multimillonario priorizó la contención de China. Encaró una brutal pulseada para reducir el déficit comercial, a fin de repetir el sometimiento que impuso Reagan a Japón en los años ochenta. Buscó, además, afianzar las ventajas sobre Europa, aprovechando la existencia de un aparato estatal unificado, frente a competidores transatlánticos que no logran extender su unificación monetaria al plano fiscal y bancario. Bajo la apariencia de un improvisado desorden, el ocupante de la Casa Blanca concibió un ambicioso plan de recuperación estadounidense.

Pero su estrategia dependía del aval de los aliados (Australia, Arabia Saudita, Israel), la subordinación de los socios (Europa, Japón) y la complacencia de un adversario (Rusia) para forzar la capitulación de otro (China). El magnate no consiguió esos alineamientos y el relanzamiento norteamericano falló desde el principio. La confrontación con China fue su principal fracaso. Las amenazas no amedrentaron al dragón asiático, que aceptó mayores compras y menores exportaciones, sin convalidar la apertura financiera y el freno de las inversiones tecnológicas.

Tampoco los socios de Estados Unidos resignaron los negocios con el gran cliente asiático. Europa no se sumó a la confrontación con China e Inglaterra continuó jugando su propia partida en el mundo. El gigante oriental incrementó para colmo su intercambio comercial con todos los países del hemisferio americano.

Las mismas adversidades se verificaron en la órbita geopolítica. El magnate intentó neutralizar la pesada herencia de fracasos militares. Propició un manejo cauto de las aventuras bélicas frente al fiasco de Irak, el pozo de Somalia y los despistes de Siria.

Para desandar las infructuosas campañas de Bush, forzó retiradas de tropas en los escenarios más expuestos. Transfirió operaciones a sus socios saudíes e israelíes y redujo el protagonismo previo.

Sostuvo la anexión de Cisjordania y las masacres de los yemenitas, pero no comprometió al Pentágono con otra intervención. Prescindió de los *marines* de la crisis libia, sustrajo efectivos de Siria y abandonó a los aliados kurdos. En esa zona avaló la gravitación de Turquía y consintió la preeminencia de Rusia.

Trump volvió a experimentar la misma impotencia de sus antecesores en el control de la proliferación nuclear. Esa incapacidad para restringir la tenencia de bombas atómicas a un selecto club de potencias ilustra las limitaciones norteamericanas. Estados Unidos no puede dictar el rumbo del planeta, si una pequeña franja de países comparte el poder de chantaje que otorgan las cargas nucleares.

Las fracasadas tratativas con Corea del Norte confirmaron esas flaquezas de Washington. Kim perfeccionó la estructura de misiles y rechazó la oferta de desarme a cambio de provisiones de energía o alimentos. Sabe que únicamente el poderío nuclear impide la repetición en su país de lo ocurrido en Irak, Libia o Yugoslavia.

Una barrera muy semejante encontró en Irán. También ahí la prioridad imperialista ha sido el freno del desarrollo nuclear para garantizar el monopolio atómico regional de Israel. Trump rompió el acuerdo de desarme suscripto por Obama y viabilizado a través de una verificación internacional. La diseminación del poder nuclear impide a Washington imponer su arbitraje en otros conflictos regionales (como India y Pakistán).

Trump falló también en sus agresiones contra Venezuela. Propició todos los complots imaginables para recuperar el control de la principal reserva petrolera del hemisferio y no pudo doblegar al chavismo. Sus amenazas chocaron con la imposibilidad de repetir las viejas intervenciones militares en América Latina.

#### LA NUEVA ESTRATEGIA DE REARME

Trump no se limitó a retacear la presencia militar en el exterior con la expectativa de relanzar la economía. Incrementó en forma

drástica el presupuesto militar para descartar cualquier sugerencia de efectivo repliegue imperial. Garantizó ganancias records a los fabricantes de misiles y ensayó una megabomba de inédito alcance en Afganistán.

El magnate relanzó la guerra de las galaxias y rompió los tratados de desarme nuclear. También avaló al giro hacia la “Competencia entre los Principales Poderes” (GPC), en reemplazo de la “Guerra Global contra el Terrorismo” (GWOT). Ese cambio tiende a sustituir la identificación, rastreo y destrucción de fuerzas adversas en remotas áreas de Asia, África o Medio Oriente por un rearme preparatorio de conflictos más convencionales. Mediante ese viraje, propició cerrar el capítulo-Bush de incursiones en áreas alejadas, para retomar la confrontación tradicional con los enemigos del Pentágono.<sup>7</sup>

Con tal óptica, el magnate complementó las presiones comerciales sobre China con un gran despliegue de la flota del Pacífico. Exigió la desmilitarización de los arrecifes del Mar del Sur para quebrantar el escudo defensivo de su rival. Reforzó drásticamente el desplazamiento de tropas iniciado por Obama desde Medio Oriente hacia el continente asiático.

La presión sobre China escaló con la ampliación de la marina y la adquisición de un asombroso número de buques y submarinos. Para hostilizar a su adversario, Trump reforzó el bloque forjado con India, Japón, Australia y Corea del Sur (Quad). Ese alineamiento militar presupone que los eventuales choques con Beijing se librarán en el Océano Pacífico e Índico.

La estrategia frente a Rusia fue más cautelosa y amoldada al intento inicial de atraer a Putin a un acuerdo en contra de Xi Jinping. Del fracaso de ese operativo emergieron las iniciativas de reequipamiento de los ejércitos terrestres en el continente europeo. La Casa Blanca continuó su trabajo de cooptación militar de los países fronterizos con Rusia y extendió la red de misiles de

<sup>7</sup> Michael Klare, 2020, “El pernicioso legado militar de Trump. De las guerras eternas a las guerras cataclísmicas”, *Viento Sur*, pp. 11-12, <<https://vientosur.info>>, 15 de febrero de 2021.

la OTAN desde las Repúblicas Bálticas y Polonia hasta Rumania.

Con esa nueva estrategia, el despliegue de armas nucleares retomó su vieja centralidad. Trump aprobó el desarrollo de municiones atómicas basadas en ojivas de alcance acotado y misiles balísticos de lanzamiento marítimo. Para desarrollar esos fulminantes artefactos, Trump rompió los tratados de racionalización nuclear concertados en 1987. Puso fin al mecanismo de compatibilizar con Rusia la destrucción del armamento obsoleto.

La nueva estrategia bélica explica la brutal exigencia de mayor financiación europea de la OTAN. Con actitudes de matón, el magnate recordó que Occidente debe solventar los auxilios prestados por Estados Unidos. Esa demanda generó la mayor tensión transatlántica desde la posguerra.

Trump buscó arrastrar a sus aliados a conflictos con China y Rusia, que socavan los negocios del Viejo Continente. En esa región existe una seria resistencia a la militarización que propicia Estados Unidos. Pero el capitalismo europeo no ha podido emanciparse de la tutela bélica norteamericana y, por eso, acompañó las incursiones de Irak y Ucrania. Rechaza la demanda de mayor gasto en la OTAN, pero sin romper la subordinación a Washington.

Trump no pudo someter a Europa, pero sus interlocutores de Bruselas, París y Berlín continuaron careciendo de una brújula propia. Esa indefinición acrecentó la capacidad exhibida por Rusia para contener la recomposición imperial estadounidense. Putin reforzó el dique defensivo que estableció con Xi Jinping y salió airoso de las pulseadas geopolíticas en Siria, Crimea y Nagorno-Karabaj. Es muy visible el abismo imperante entre estos resultados y la disgregación que prevalecía en la era de Yeltsin.

Como China no disputa con la misma frontalidad geopolítica sus logros son menos visibles, pero exhibe resultados económicos impresionantes en su puja con Estados Unidos. El mandato del millonario retrató la incapacidad norteamericana para recuperar la primacía imperial.

## EL ASALTO AL CAPITOLIO

Trump se despidió con una aventura que retrata la magnitud de la crisis política estadounidense. La invasión al Congreso, el 6 de enero de 2021, no fue un acto improvisado. Los grupos ultraderechistas difundieron previamente el plan y la policía creó una zona liberada que aseguró durante horas la presencia de los asaltantes. Si un grupo de afroamericanos hubiera intentado una acción semejante, habría sido acribillado al instante.

El magnate participó directamente en la asonada. Instigó a los manifestantes, mantuvo comunicaciones con sus líderes y les prometió apoyo. El objetivo de la acción era presionar a los congresistas republicanos que cuestionaban la impugnación de la elección. Ese apriete incluía amenazas para forzarlos a sostener la absurda denuncia de fraude. Pero al final Trump abandonó la partida y condenó a los ocupantes.

La incursión fue tan surrealista como los especímenes que la perpetraron. El grupo de alucinados que se retrató en los sillones del Congreso parecía extraído de una tira fantástica de la televisión. Pero el bizarro acto que consumaron no borra la huella fascista del operativo. Todos los delirantes que intervinieron en la toma integran algún grupo de las milicias supremacistas. Actúan en sectas fanáticas o se referencian en la congresista que ganó su mandato con el símbolo de la ametralladora (Marjorie Taylor Greene).

Los grupos paramilitares cuentan con cincuenta mil miembros bien pertrechados. Se especializan en atacar manifestaciones juveniles o democráticas y hace pocos meses realizaron un ensayo del asalto frente a la legislatura de Michigan.

Al cabo de muchos años de libre circulación y prédica, los grupos fascistas se han transformado en la principal amenaza terrorista. Los supremacistas (y no los herederos de Bin Laden) son señalados como el gran peligro en ciernes. A diferencia de lo ocurrido con las Torres Gemelas, esta vez el enemigo es interno.

Esos grupos se sostienen en una base social racista que actualizó los emblemas neoconfederados. Retoman las periódicas oleadas de reacción contra las conquistas democráticas. En el pasado ajusticiaban a esclavos liberados o atentaban contra los derechos



civiles. Ahora rechazan la integración racial, el multiculturalismo y la acción afirmativa.

Los afroamericanos persisten como el principal blanco de un resentimiento que se extiende a los inmigrantes. Por esa razón, la impugnación del resultado electoral antiTrump fue tan intensa en los estados con votantes negros y latinos. Los extremistas evangélicos añaden su cruzada contra el aborto y el feminismo a la campaña ultraconservadora.

El asalto al Capitolio no fue la antítesis de la realidad estadounidense que imagina Biden. Expresa el agonizante estado del sistema político y complementa todas las anomalías que salieron a flote durante los comicios. La irrupción de fascistas armados en el Congreso no es ajena al sistema electoral antidemocrático que dignifica la plutocracia gobernante.

Las tentativas de golpe eran el único ingrediente que faltaba en ese infame dispositivo. Las hordas de Trump llenaron ese vacío, sepultando todas las burlas hacia los regímenes políticos de América Latina. Esta vez el típico episodio de una “república bananera” se localizó en Washington. Los bandoleros no asaltaron el parlamento de Honduras, Bolivia o El Salvador. El operativo que exporta el Departamento de Estado y organiza la embajada yanqui fue implementado en casa.

Las consecuencias políticas de ese episodio son inconmensurables. Afectan directamente la capacidad de intervención imperial. La OEA tendrá que reinventar sus guiones para condenar “las violaciones a las instituciones democráticas” en los países que simplemente imiten lo ocurrido en Washington.

Trump fue al final abandonado por sectores de las finanzas y la industria que solventaron su campaña y el poder tecnológico lo repudió cortando sus cuentas en Twitter y Facebook. El *establishment* temió los incontrolables efectos de las jugadas del expresidente. Si la decadencia de Trump se corrobora, el asalto al Capitolio será recordado como el Tejerazo de España en 1981 (intento final y fallido del franquismo para conservar el poder).

Pero el millonario cuenta con una base social que reunió al 47 % de los votantes y sometió al partido republicano a su liderazgo.

Muchos legisladores han repetido su fábula del fraude electoral, con el alocado agregado de que fue perpetrado por un fantasmal grupo izquierdista.

El declive o persistencia del trumpismo dependerá del comportamiento de las elites y los realineamientos de la derecha. Pero aún está pendiente la reacción del polo opuesto de jóvenes, precarizados, afroamericanos, feministas y latinos, que antes del período electoral ocuparon las calles con enormes manifestaciones. Si esas voces retoman su presencia –con la demanda de democratizar el sistema electoral–, el futuro del magnate se dirimirá en otro escenario.

#### CONTINUIDAD E INTERROGANTES

La salida de Trump reducirá el tono de la retórica imperial, pero no la intensidad de las agresiones estadounidenses. Con mayor uso de la diplomacia y la hipocresía, Biden comparte las políticas de Estado de su antecesor.

Los dos partidos del *establishment* se han alternado en el manejo de las estructuras que sostienen la preeminencia militar de la primera potencia. Las evidencias de este belicismo compartido son incontables. Los demócratas no solo iniciaron las grandes guerras de Corea y Vietnam. Tanto Clinton como Obama autorizaron más incursiones externas que Trump y en el 2002 el propio Biden apoyó la invasión a Irak, supervisó la intervención en Libia y avaló el golpe en Honduras.<sup>8</sup>

El dispositivo imperial norteamericano se asienta en un sistema político antidemocrático, que garantiza el periódico reparto de los cargos públicos entre las dos formaciones tradicionales. La plutocracia que maneja ese sistema asegura su continuidad con los

<sup>8</sup> Telma, Luzzani, 2020, 8 de noviembre, “Elecciones en Estados Unidos: el gatopardismo de Biden”, *Página 12*, <<https://www.pagina12.com.ar/304393>>, 15 de febrero de 2021.

descomunales gastos de campaña que proveen las grandes empresas (10.800 millones de dólares en el 2020). Los cincuenta estadounidenses más ricos –que poseen una riqueza equivalente a la mitad de los habitantes del país– tienen garantizado su control del régimen. Con ese basamento se definen las estrategias imperiales que utiliza la primera potencia para dictar lecciones de democracia al resto del mundo.

Biden se apresta a retomar la política externa tradicional manchada por los exabruptos de su antecesor. Intentará en esa esfera el mismo retorno a la “normalidad” que promete en el ámbito interior. Los medios de comunicación acompañan ese maquillaje.

El nuevo morador de la Casa Blanca apuntala el neoliberalismo con algunas pinceladas de progresismo en la agenda de las minorías, el feminismo y el cambio climático. Esa misma mixtura se instrumentará en la arena exterior, rodeando los lineamientos básicos del imperio con mayores ornamentos de retórica amigable. Implementará esa combinación aprovechando su larga experiencia de medio siglo en los intersticios de Washington.

Ya colocó el mismo equipo de funcionarios de Obama en los puestos claves de la política exterior. Pero no podrá repetir simplemente el globalismo multilateral de esa gestión. Con los Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TTP) y Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP), Obama propiciaba una red de alianzas asiáticas para rodear a China y un tejido de acuerdos con Europa para aislar a Rusia. Ninguno de esos convenios pudo concretarse antes de su brutal entierro por el bilateralismo mercantilista de Trump. Es muy improbable que Biden pueda retomar el curso precedente, como pilar económico de su estrategia imperial.

Por otra parte, la crisis de la globalización persiste y la prédica de Trump para confrontar con los adversarios comerciales ha calado en el electorado. Existe una fuerte corriente de opinión hostil al globalismo tradicional de las elites costeras. A ese malestar se añade el Gran Confinamiento generado por la pandemia y la inédita paralización del transporte y el comercio internacional. La confluencia de obstáculos para retomar el multilateralismo es muy significativa.

Biden deberá concebir un nuevo pilar para su programa externo con otro equilibrio entre americanistas y globalistas. De la misma forma que Trump se distanció del intervencionismo de Bush, Biden deberá ensayar algún cóctel más alejado del formato Demócrata tradicional. Sus primeros pasos apuntarán a recomponer relaciones tradicionales con los aliados de la OTAN. Intentará cicatrizar las heridas dejadas por su antecesor, retomando proyectos para lidiar con el cambio climático (Acuerdo de París). Pero esas iniciativas no resuelven el gran dilema de la estrategia frente a China.

En este terreno sobran los indicios de continuidad. Biden intensificará la presión para gestar una OTAN del Pacífico-Índico.<sup>9</sup> Australia ya decidió participar en ejercicios navales con Japón y transformarse en el gran portaviones regional del Pentágono. A su vez, Taiwán ha sido provisto de un novedoso armamento aéreo y la India brinda señales de aprobación al acoso en el Mar de China.<sup>10</sup> El nuevo presidente tratará de incorporar a Europa a esta campaña. Se apresta a suturar las heridas dejadas por Trump, aprovechando el novedoso clima de adversidad con China que despunta entre las élites del Viejo Continente.

Pero nadie sabe aún cómo se financiará la OTAN y la lista de temas en conflicto con el Viejo Continente es muy extendida. Incluye la postura estadounidense frente al Brexit y una definición frente al proyecto trumpista de tratado de libre comercio angloamericano. También sigue pendiente la postura del Departamento de Estado frente al gasoducto que conectará a Alemania con Rusia.

Biden adscribe al fanatismo proisraelí de su antecesor, pero Europa propicia un contrapeso más equilibrado con el mundo árabe. Deberá resolver si mantiene la presión bélica sobre Irán o si, por el contrario, restablece el tratado nuclear que propician las empresas de Alemania y Francia.

<sup>9</sup> Alex, Dohert, 2020, 13 de octubre, “Estados Unidos. La guerra fría con China no desaparecerá si Joe Biden se convierte en presidente”, *Resumen Latinoamericano. La otra cara de las noticias de América y el tercer mundo*, <<https://www.resumenlatinoamericano.org>>.

<sup>10</sup> Pierre A. Donnet, 2020, 15 de octubre, “Con la Quad, EEUU trata de reunir una alianza contra China”, *Viento Sur*, <<https://vientosur.info>>, 15 de febrero de 2021.

Estas definiciones incidirán en la estrategia bélica de Biden. Tendrá que optar entre el retaceo de tropas que caracterizó a Trump o el intervencionismo que propiciaban Obama-Clinton. Apuntalar las guerras híbridas o el rearme para grandes conflagraciones involucra otra definición de peso. Pero, en cualquiera de esas variantes, se dispone a insistir en el proyecto imperial de recuperación estadounidense.

#### ATASCOS EN LA IDEOLOGÍA

Es probable que Biden retome el estandarte de los derechos humanos como justificación de la política imperial. Esa cobertura ha sido tradicionalmente utilizada para enmascarar los operativos de intervención. Trump abandonó esos mensajes y simplemente optó por disparatadas afirmaciones sin ninguna pretensión de credibilidad.

La presión sobre China que concibe Biden seguramente incluirá alguna alusión a la falta de democracia. En ese caso, difundirá condenas de los mismos atropellos que se realizan en los países asociados con la primera potencia. Lo que se silencia de Arabia Saudita, Colombia o Israel ocuparía la primera plana de cuestionamientos a Beijing. Biden reemplazaría las burdas acusaciones de competencia desleal o fabricación del coronavirus por críticas a la ausencia de libertad de expresión y reunión. Quizás señale también la responsabilidad china en el deterioro del medio ambiente, para atraer al subordinado cómplice europeo.

Pero no será sencillo colocar a China en la lista de países afectados por una tiranía. El imperialismo de los derechos humanos ha sido habitualmente instrumentado para tutelar pequeñas (o medianas) naciones. En esos casos se realza la inoperancia de un “Estado fallido” y la consiguiente necesidad del socorro humanitario. Con esa cobertura se arremetió en Somalia, Haití, Serbia, Irak, Afganistán o Libia.

Los invasores nunca explican la selectividad de ese patrocinio. Excluyen a incontables países sujetos a las mismas anomalías.

Además, descalifican a la población “rescatada” presentándola como una multitud incapaz de gestionar su propio destino. Pero tal padrino imperial contrasta con la frecuente incapacidad para arbitrar los propios conflictos internos. Nadie sugiere una mediación externa para resolver esas tensiones. La esencia del imperialismo justamente radica en el autoasignado derecho a intervenir en otro país, para administrar los problemas que en casa se gestionan sin ninguna injerencia foránea.

Lo mismo ocurre con el enjuiciamiento de los culpables. Los acusados de los países periféricos quedan sujetos a normas del derecho internacional, que no se aplican a sus pares del primer mundo. Milosevic puede enfrentar un tribunal, pero Kissinger está invariablemente exento de ese infortunio.

Si Biden intenta retomar ese vetusto guión liberal, incrementará la pérdida de credibilidad que afecta actualmente a Estados Unidos. El discurso oficial de los derechos humanos está desgastado. Fue la gran bandera de la Segunda Guerra y perdió consistencia durante el macartismo. Reapareció con la implosión de la URSS, pero volvió a quedar descascarada con las tropelías de Bush y las complicidades de Obama.

Análogamente sucede con el estandarte de la democracia, que en la variante imperial estadounidense siempre combinó el universalismo con la excepcionalidad. Con el primer pilar, se justificó el rol misionero providencial de la primera potencia y, con el segundo, el periódico repliegue aislacionista.

La mitología que cultiva Washington mixtura un llamado al protagonismo planetario (“el mundo está destinado a seguirnos”) con mensajes de protección del propio territorio (“no involucrar al país en causas ajenas”). De esa mixtura emergió la autoimagen de Estados Unidos como una fuerza militar activa, pero sujeta a operaciones solicitadas, remuneradas o mendigadas por el resto del mundo.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Perry Anderson, 2016, “Perry Anderson sobre geopolítica imperial y resistencias”, entrevistado por Patrick Smith, *Espacio 567*, pp. 1-5, <<http://www.pvp.org.uy>>, 15 de febrero de 2021.

Las facetas intervencionistas y aislacionistas siempre tuvieron basamentos divergentes en las mistificaciones de las elites de las costas y los prejuicios del interior norteamericano. Ambas corrientes se complementaron, fusionaron y volvieron a fracturarse. Ese contrapunto fue actualizado por los globalistas contra los americanistas y ahora por Biden contra Trump. Pero las dos vertientes se sostienen en la misma obsesión inmemorial por la seguridad, en un país curiosamente privilegiado por la protección geográfica. El temor a la agresión externa alcanzó picos de paranoia durante la tensión con la URSS y resurgió con oleadas de pánico irracional durante la reciente “guerra contra el terrorismo”.

La ideología imperial estadounidense afronta las mismas dificultades que la concepción americanista del mundo. Ambas enaltecen los valores del capitalismo, ponderan el individualismo, idealizan la competencia, glorifican el beneficio, mistifican el riesgo, alaban el enriquecimiento y justifican la desigualdad. Tales fundamentos consolidaron la hegemonía estadounidense de posguerra y lograron cierta sobrevida adicional bajo el neoliberalismo. Pero ya no se sostienen en la primacía económica de Norteamérica y han quedado transformados por su reconversión en ideales de otras clases capitalistas del mundo. Los mitos estadounidenses no tienen la preeminencia del pasado.

En la segunda mitad del siglo XX, el imperialismo estadounidense complementó la coerción con una ideología que conquistó preeminencia en el lenguaje y la cultura. Esa influencia persiste, pero con modalidades más autonomizadas de la matriz estadounidense. Los intentos de recomposición imperial deben lidiar con ese dato. La crisis de largo plazo determina irresolubles tensiones en múltiples planos.

## REFERENCIAS

- Anderson, Perry (2016, 16 de abril), “Perry Anderson sobre geopolítica imperial y resistencias”, entrevistado por Patrick Smith, *Espacio 567*, <<http://www.pvp.org.uy>>.
- Chacón, Rodrigo (2019), “¿Imperios por doquier? Usos y abusos del concepto de imperio”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 19, núm., 4, pp. 2-10.
- Dohert, Alex (2020, 13 de octubre), “Estados Unidos. La guerra fría con China no desaparecerá si Joe Biden se convierte en presidente”, *Resumen Latinoamericano. La otra cara de las noticias de América y el tercer mundo*, <<https://www.resumenlatinoamericano.org>>.
- Donnet, Pierre Antoine (2020, 15 de octubre), “Con la Quad, EEUU trata de reunir una alianza contra China”, *Viento Sur*, <<https://vientosur.info>> [recuperado 15 de febrero de 2021].
- Ferrari, Sergio (2020, 25 de noviembre), “Más balas que seres humanos. Un *Far West* denominado Tierra”, *Rebelión*, <<https://rebellion.org/un-far-west-denominado-tierra>>, 15 de febrero de 2021.
- Hobsbawm, Eric (2007), *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- Katz, Claudio (2004), “Tecnología y economía armamentista”, *Oikos*, vol. 7, núm. 15, Santiago de Chile, pp. 97-109.
- Klare, Michael (2020), “El pernicioso legado militar de Trump. De las guerras eternas a las guerras cataclísmicas”, *Viento Sur*, pp. 11-12, 11 de diciembre <<https://vientosur.info>>, 15 de febrero de 2021.
- Korybko, Andrew (2020, 2 de febrero), “Estados Unidos intenta contener a China y Rusia con la Guerra Híbrida”, *Tiempo Argentino*, <<https://www.tiempoar.com.ar/nota>>, 15 de febrero de 2021.
- Luzzani, Telma (2020, 8 de noviembre), “Elecciones en Estados Unidos: el gatopardismo de Biden”, *Página 12*, <<https://www.pagina12.com.ar/304393>>, 15 de febrero de 2021.
- Unhcr-Acnur (2020), *Datos básicos*, <<https://www.acnur.org/datos-basicos.html>>.